

Lima, Año XVII, No. 167, julio-agosto, 2016

Sara Beatriz Guardia

Dominga, Francisca, Flora. Soy Una Fugitiva, Una Profana, Una Paria

Arequipa: Universidad Nacional de San Agustín, 2016.

Comentarios: Paolo Cont. Italia; Elba Lujan. Perú; Victoria Villanueva. Perú.

El libro es producto de una investigación de varios años, con el objetivo de mostrar la importancia que tuvo en un período que abarca desde finales del siglo XVIII hasta 1835, la vida de tres mujeres, durante el proceso independentista, la formación de la Nación, y la construcción de un discurso modernizante en la ciudad de Arequipa, al sur del Perú.

Entre 1831 y 1834 la vida de tres mujeres coincidió durante un breve período: Dominga Gutiérrez, Francisca Zubiaga y Flora Tristán. Tres trasgresoras que se enfrentaron solas a las limitaciones que les impuso el medio, y supieron forjar su propio destino.

Dominga Gutiérrez, obligada a ingresar al Convento de Santa Teresa a los 14 años, huyó en marzo de 1831, causando un gran escándalo y la confrontación de poderes entre los liberales de la naciente República y el clero. A través de estos acontecimientos se analizan las costumbres y los modos de vida en Arequipa.

Flora Tristán llegó durante la controversia originada por la huida de Dominga. Escritora y propulsora de la emancipación femenina, en su libro, *Peregrinaciones de una Paria* describe esa etapa llena de contradicciones y dilemas; y nos ofrece el perfil de Francisca Zubiaga y Dominga Gutiérrez.

Francisca Zubiaga, la famosa Mariscala, esposa del presidente Agustín Gamarra, huyó a Arequipa después del golpe militar que depuso a Gamarra. Poco después fue obligada a partir por Islay al Callao. Flora Tristán la visitó en el barco que la llevó deportada a Chile.

Capítulo I Dominga Gutiérrez de Cossío Una monja en la naciente República del Perú

Decencia y recogimiento en el vestir
Dieciocho años después
Don Reymundo Gutiérrez de Otero
Dominga Gutiérrez de Cossío
Un largo camino, el desamor
El silencio del convento
Empieza la desesperación
Hermana, la muerte es nuestra liberación
Ha deshonrado a nuestra familia
Confrontación de poderes
Dominga le escribe al Obispo
Qué dolor Santísimo Padre
En espera del perdón divino

Capítulo II Ha llegado una francesa Flora Tristán en Arequipa

Un largo y cruento viaje
Flora Tristán en Arequipa
Flora recorre los pasos de Dominga
Dominga Gutiérrez y Flora Tristán se despiden

Capítulo III La Mariscala

Francisca Zubiaga y Agustín Gamarra
Tumultuosos años
Imagen literaria e histórica de La Mariscala
Flora Tristán en Lima
Francisca Zubiaga y Flora Tristán se encuentran en el Callao

Capítulo IV Después de las batallas

Dominga Gutiérrez. Nunca pudo reivindicar su condición de mujer y madre
Flora Tristán. Algún día los parias serán admitidos en el gran banquete de la
humanidad
Francisca Zubiaga. Su nombre tiene todavía un redoblar de tambor

Comentarios: Paolo Cont, Elba Luján, Victoria Villanueva

Paolo Cont. Escritor. Italia

Lentamente, ma con il forte desiderio di tornare a rileggerne molti passi, sono arrivato all'ultima riga della Sua affascinante opera dedicata a *Dominga, Francisca, Flora. Soy una fugitiva, una profana, una paria*. Le ho lette, tutte quelle righe, nei miei momenti migliori, quando stavo più sereno e in pace, per tentare di cogliere, capire o almeno intuire, quanto più possibile le emozioni che la Sua scrittura fluente, dai suoni per me così arcani, ma nel contempo stranamente familiari, sanno trasmettere.

Così, accompagnato dalla musica e dai ritmi della Sua prosa, sposati a quelli della Lingua castigliana, le vicende coinvolgenti delle protagoniste che Lei ha saputo sapientemente far rivivere, sono diventate un po' anche mie.

Uno scrittore italiano dell'Ottocento (Massimo d'Azeglio) un po' severo e un po' scherzando, ma non troppo! insegnava: «Un libro fatto è meno che niente, se il libro fatto non rifà la gente».

Come dire: i libri devono rendere migliore chi li legge. Il Suo certamente offre questo raro prodigio e certamente merita anche questo elogio.
E allora, di cuore, il mio grazie grande per questo regalo della lettura.
Anche a nome di Alessandro, con ammirazione.

Lentamente, pero con un fuerte deseo de volver a releer muchos pasajes, he llegado a la última línea de su fascinante trabajo dedicado a *Dominga, Francisca,*

Flora. Soy una Fugitiva, una profana, una paria. He leído, todas esas líneas, en mis mejores momentos, cuando estaba más sereno y en paz, para intentar comprender o al menos intuir, tanto como sea posible, las emociones que de su escritura fluyen, por los sonidos para mí tan arcanos, pero al mismo tiempo extrañamente familiar, que me han sido transmitidos.

Así, acompañado por la música y el ritmo de su prosa, unidos aquellos de la lengua castellana, las atractivas historias de las protagonistas que Usted ha sabido inteligentemente hacer revivir, se han convertido un poco, también mía.

Un escritor italiano del Ochocientos (Massimo d'Azeglio) un poco severo y un poco en broma, pero no tanto! enseñaba: "Un libro hecho es menos que nada, si el libro hecho no atrae a la gente".

Es decir, los libros tienen que convertirse en mejores al leerlos. Su libro ofrece este raro prodigio y ciertamente merece este elogio.

Y ahora, de corazón, mi gran agradecimiento por este regalo de la lectura.

También en el nombre de Alexander, con admiración.

Elba Luján. Perú

Estamos aquí reunidos para celebrar la aparición del último libro de Sara Beatriz Guardia. Le agradezco a ella el honor que me ha otorgado al invitarme a compartir esta mesa. Haré un breve comentario del capítulo I de su libro: "Dominga Gutiérrez de Cossío. Una monja en la naciente República del Perú".

Pero, cómo hacerlo, cómo transmitir el pulso, el aliento, la fuerza, la determinación, el dolor, la soledad y el valor de esa joven que en pleno siglo XIX, cuando el destino de todas las mujeres se jugaba entre el matrimonio y el convento, se sublevó contra los designios que le impuso su madre, íntimamente relacionada con el poder de la iglesia y de las elites sociales de su época, al recluirla en un convento. Cuando hace mucho tiempo leí *Peregrinaciones de una paria*, quedé consternada con la historia de Dominga, y abominé de su madre, me pareció de una crueldad inconmensurable e incomprensible. Solo ahora, a la luz del texto de Sara Beatriz, empiezo a comprender sus condicionamientos y limitaciones.

Pocos años antes del nacimiento de Dominga, ocurrido en 1807, el gobernador e intendente español de Arequipa había dictado una serie de medidas para el mejor gobierno de dicha ciudad, entre ellas se prohibía a las mujeres el uso de: «trajes escandalosos por respeto y temor a Dios y adoración de las santas imágenes». En las primeras páginas de este libro se encuentran vívidas descripciones de lo que eso supuso en contra de «la vanidad e indecencia de las mujeres». Sobre esto, Sara Beatriz acota:

«En los siglos XVIII y XIX, en un orden social basado en clases y raza, el honor ocupó un lugar dominante. Como señala Sara Chambers, el sentido del honor, la vestimenta, y los títulos oficiales afirmaban la legitimidad del dominio español, también un discurso patriarcal donde el honor era preponderantemente masculino».

Doña María Magdalena de Cossío y Urbicaín, madre de Dominga, perteneciente a una encumbrada familia arequipeña y emparentada con políticos y religiosos, había contraído matrimonio en 1791, a los 14 años de edad. Era prácticamente una niña, incapaz, por tanto, de oponerse a las normas de su tiempo, a las que se sometió mansamente y que en su alma cristalizaron con severidad y dureza hasta que dio su último suspiro. De ella dice Sara Beatriz: «En 1810, doña María Magdalena tenía 33 años y un gran cansancio. Había parido doce hijos. Doce veces gritó hasta el agotamiento y tuvo que esperar largos meses para recuperar su cuerpo que aumentaba de tamaño y se tornaba pesado. Noches de insomnio por los cuatro hijos muertos al nacer. Interminables noches dándoles el pecho a los que sobrevivieron, con los pezones cuarteados por el frío. No quería tener más hijos». Reflexionar en torno a los acontecimientos de la vida y la historia de esta mujer, no pudo dejarme indiferente e hizo surgir en mí una piedad que jamás había sentido hacia ella.

No obstante y a renglón seguido, Sara Beatriz nos narra apasionadamente las circunstancias que rodearon la condena que esta misma mujer dictó contra su hija encerrándola, sin que nadie se atreviera a contradecirla, como monja de clausura en el convento más severo de Arequipa, el de Santa Teresa de Jesús de las carmelitas descalzas. Bajo el argumento de haber sido deshonrada por su novio (un medicucho español caza fortunas), que acababa de traicionarla casándose con una viuda muy rica, la madre y el cura Mateo Joaquín de Cossío se aliaron y resolvieron defender el honor de la familia haciendo que Dominga pague y limpie esa deshonra ingresando al monasterio. Como en la mejor de las novelas, entre las páginas 40 y 49 leemos lo que probablemente fueron esos dramáticos días. En una de ellas se lee:

«Hija, [le dijo el cura] debes saber que pertenecer a una familia aristocrática significa tener una posición social privilegiada que hay que saber honrar con una conducta piadosa y correcta. Es muy importante la defensa del honor, lamentablemente el noviazgo con ese médico te ha deshonrado y ha deshonrado a la familia [...] es necesario que reces, que ores pidiéndole al Señor que se compadezca de tu alma, que te acoja en el convento, y verás con qué alivio vivirás, ya no como la esposa de un hombre, sino como la esposa de Dios».

El 2 de noviembre de 1821, con tan solo 14 años de edad, Dominga Gutiérrez de Cossío fue llevada al convento donde, a pesar de su negativa a profesar, permaneció recluida diez largos años. Durante mucho tiempo ansió morir como una forma de liberación hasta que con su sirvienta tramaron el ardid para escapar. Realmente es muy emocionante la narración de Sara Beatriz sobre aquellos sucesos y no les arrebataré la emoción de su lectura. Solo mencionaré que la solitaria lucha emprendida por Dominga fue como un terremoto en la familia, la sociedad y la iglesia. Arequipa se dividió en dos campos: a favor y en contra de su conducta y de su derecho a elegir su destino. Su vida se convirtió en el escenario de fuertes batallas ideológicas entre conservadores y liberales, y llegó hasta los tribunales donde, por primera vez en el Perú, se enfrentaron el poder civil y el poder eclesiástico.

Para terminar, quisiera hacer un breve comentario sobre el subtítulo del libro, *Soy una fugitiva, una profana, una paria*. De ellas, solo Flora se atribuyó la palabra paria cuando publicó su libro. Me pregunto si Sara Beatriz eligió esas palabras como una manera de acicatear o desesperar a sus lectores, pues después de leer su potente texto, no dejaba de pensar en torno a ellas, ¿por qué me inquietaban esos tres términos, los sentía tan rotundos que hasta golpeaban mis oídos? Era extraño, porque aparentemente resumían bien el contenido del texto, no obstante algo en mí se rebelaba. Por supuesto, una de las cosas que hice fue acudir al diccionario, buscar su etimología. Ahí encontré que tras fugitiva subyace la idea de quien huye, de quien se esconde, y tras profana, la de ensuciar y deshonorar. Nada más lejos de mi lectura, de mi interpretación. Esas ideas estaban ahí, solapadas, pero vivitas y coleando, ideas que tanto Dominga, como Flora y Francisca, enfrentaron a pecho descubierto, limpiamente, al reclamar en pleno siglo XIX su derecho a amar, a decidir su destino, a ser reconocidas y a participar de la vida política del país. En cada una de las líneas de este libro se afirma ese legado, no obstante, lo estamos viendo, el lenguaje juega con nosotros enredándonos entre sus ramas y trampas. Me preguntaba también si Flora, al elegir la palabra paria, había asumido en su propio discurso la condena social que recibió.

Resulta interesante observar la imagen de la portada diseñada por Lorenzo Osoreo. Es una fotografía de Verónica Barclay, que transmite aspereza, dureza, rigor, frialdad, oscuridad, luminosidad; es una puerta que sugiere cierta temporalidad y movimiento, pero un movimiento recio expresado a través del mármol, la piedra y la madera que la componen. Es solo una imagen, y sin embargo podemos leer, imaginar, adivinar, descifrar en medio del silencio. Yo creo que Sara Beatriz lo rasga decididamente al presentarnos el contexto y las líneas esenciales de la vida concreta de estas tres mujeres. Nos toca a todos, a todas, hundir nuestros ojos y oídos en esas huellas, tocarlas, sentirlas, imaginar sus horas y sus días, sus gestos, sus cuerpos y tratar de descifrar esa suerte de escritura encarnada, valiente, dolorosa y admirable.

Victoria Villanueva. Perú

Francisca Zubiaga constituye una expresión de lo que fueron las mujeres del siglo XIX, fundamentalmente en América, en procesos emancipatorios que anunciaban nuevas formas de organización y de gobierno. Nacida en 1803 en Cusco, los acontecimientos políticos tocaban a la puerta de Francisca mientras ella se retraía más y más queriendo, tal vez, escapar de ese mundo en ebullición. El convento fue su primer destino, al que le dedicó cinco años de su vida.

En 1825, a escasos cuatro años de la independencia del Perú, y cuando tenía 22 años, Francisca se casa con un hombre 20 años mayor, viudo y con un hijo. Se trataba de Agustín Gamarra, realista, que combatió contra los patriotas bajo las órdenes de Pío Tristán, a diferencia de Francisca que tenía otros anhelos y que según interpretaron décadas más tarde José Carlos Mariátegui y Abraham Valdelomar en "La Mariscala" Francisca habría dicho:

"Yo no comprendo, coronel Gamarra, /que vos que en esta tierra habéis nacido/sirváis aún al Virrey. Nuestros hermanos/de libertad y patria han dado

el grito. /Vuestra espada, más bien, poner debierais/de este suelo en defensa y de vos mismo”.

Lo cierto es que Gamarra da un giro en su carrera militar y entra en un meteórico ascenso con San Martín y fundamentalmente con Bolívar.

Francisca Zubiaga, ingresa así a la élite política de esa primera mitad del siglo XIX, con la amenaza de una guerra con Bolivia e intensos enfrentamientos entre el Congreso y el Ejecutivo, esto es, entre liberales y autoritarios. Gamarra, en alianza con Pando, forma parte del grupo aristocrático de entonces e interviene en uno de los varios golpes de Estado de ese período.

En 1829, Gamarra depuso a Domingo La Mar, desterrándolo a Costa Rica y en las elecciones de 1829 es elegido Presidente, con Gutiérrez de la Fuente como Vicepresidente.

Francisca acompaña a su esposo en esta meteórica carrera política, con tres años en el gobierno con 14 levantamientos internos hasta el golpe de 1834 que arroja a Agustín y a Francisca del territorio peruano.

Doña Pancha, como cariñosamente se le conocía entonces, se transforma en la Mariscal para otros y, como nos refiere Sara Beatriz, “ejerce un dominio arrogante, llegando incluso a ordenar a la oficialidad del ejército los buenos modales, pulcritud y elegancia del uniforme con gran capacidad de mando y decisión”.

Ese mundo de caudillos no logra doblegar a La Mariscal que es adornada con las clasificaciones propias de los tiempos, que se reproducen hasta hoy. La voz de mando en una mujer es sinónimo de “marimacho”, más aún si fuma cigarro, si es diestra en el manejo del florete y de las pistolas y se desplaza libremente a caballo. En oposición era calificada también como “mujer fácil por los supuestos amantes que le adjudicaron” ante lo cual Francisca se erguía provocadora usando ropa de militar como Juana de Azurduy y Manuela Sáenz, sus contemporáneas, mientras exhibía al mismo tiempo, hermosas joyas de oro.

Sara Beatriz nos lleva de la mano de Francisca por ese difícil mundo de caudillos, en que Francisca vive entre sobresaltos, cuidándose de los enemigos con la única fuente de poder que se podía dar ella misma hasta la deportación de Agustín Gamarra y Francisca Zubiaga en 1834, cuando inicia un peregrinar sin retorno.

El barco “William Roushton, es testigo del encuentro de dos mujeres, la fugitiva y la paria, que se reconocen como iguales, a pesar de las diferencias. Flora y Francisca establecen un diálogo que quedó registrado en “Peregrinaciones de una Paria” mientras Flora iniciaba su regreso con la desilusión de no haber obtenido la herencia paterna y Francisca incomunicada en camino a su exilio en Chile. Escribe Flora:

“Prisionera, doña Pancha era todavía Presidenta. La espontaneidad de su gesto manifestaba la conciencia que tenía de su superioridad. Nadie permaneció en la cubierta aunque corrido el toldo era el único sitio en donde se estaba protegido de un sol abrasador. Todo el mundo quedó abajo en el puente”.

Y sigue Flora:

“Me examinaba con gran atención y yo la miraba con no menos interés. Todo en ella anunciaba a una mujer excepcional, tan extraordinaria por el poder de su voluntad como por el gran alcance de su inteligencia. Podía tener 34 o 36 años, era de talla mediana y de constitución robusta, aunque muy delgada. Su rostro, según las reglas con que se pretende medir la belleza, no era ciertamente hermoso. Pero a juzgar por el efecto que producía sobre todo el mundo sobrepasaba a la más bella. Como Napoleón, todo el imperio de su hermosura estaba en su mirada. ¡Cuánto orgullo! ¡cuánto atrevimiento! ¡cuánta penetración! ¡con qué ascendiente irresistible imponía el respeto, arrastraba las voluntades y cautivaba la admiración! El ser a quien Dios concede esa mirada, no necesita de la palabra para gobernar a sus semejantes. Posee un poder de persuasión que se soporta y no se disputa”.

Luego de ese diálogo solitario, Flora y Francisca se separan por caminos aparentemente diferentes, convencidas al mismo tiempo que el poder que emana de ellas perdurará a lo largo de los tiempos.